

**IBEROAMERICANA**

Manfred Engelbert,  
Javier García de María (eds.)

**La Guerra Civil  
Española - medio  
siglo después**

**Actas del coloquio internacional  
celebrado en Göttingen del  
25 al 28 de junio de 1987**



**Vervuert**

Manfred Engelbert, Javier García de María (eds.)

# **La Guerra Civil Española - medio siglo después**

**Actas del coloquio internacional celebrado en  
Göttingen del 25 al 28 de junio de 1987**

Vervuert Verlag · Frankfurt am Main

---

1990

**Javier García de María**

## La Guerra Civil y la crisis cultural europea

El punto de partida de esta ponencia consiste en asumir la general aceptación de que nuestro siglo es un momento histórico de crisis y que, por tanto, el decenio de los años treinta en el que tuvieron lugar la Guerra Civil y sus prolegómenos, la II República, también lo es. El segundo paso consiste en la necesidad de precisar las especificaciones desde las que efectuó el análisis de la crisis y mi concepto de cultura.

La primera especificación sobre el concepto de 'crisis' es aquella por la que damos a la palabra su sentido griego: separar, distinguir, disputa, juicio, cambio o coyuntura decisiva. Si hay una crisis, ¿cómo se desarrolla?, ¿cuáles son los factores a distinguir?, ¿quiénes son los protagonistas de la disputa y qué se disputan?, ¿quiénes son las partes del juicio?, ¿en la transición entre qué fenómenos se produce el cambio decisivo?

En el proceso de búsqueda de la referencia última para dar respuesta a estas preguntas acabaríamos confrontados con la naturaleza humana. Unos mantendrán que la esencia de la naturaleza humana nos es conocida. Otros afirmarán lo contrario. Yo soy partidario de la segunda postura. Pero prefiero prescindir de ese problema y que nos atengamos a realidades más aprehensibles: las actividades del hombre. Nos ceñiremos a ellas y polarizaremos, segunda especificación, las motivaciones más inmediatas de las diferentes manifestaciones de dichas actividades alrededor de dos contendientes de signo antagónico. A partir de ahí trataremos de clarificar la crisis que riñen: quizá siempre, quizá cíclicamente, quizá sólo en la historia más reciente. Dichos dos adversarios resultarían ser lo que llamo Cultura de la Ciencia y Cultura de la Creencia.

Es posible que a partir de este enfoque del problema, tercera especificación, la aceptación de crisis como cambio, o de crisis como decadencia, adquiera una dimensión concreta: cambio de método en los organigramas de acción y de comportamiento del hombre con la lógica y simultánea decadencia del otro método y su séquito de esquemas. La decadencia de un método y la ascensión del otro han de pasar por etapas de equilibrio de fuerzas: arrojarán al hombre a momentos de mezclas metodológicas y de desorientación y crispación en el comportamiento.

La Cultura de la Ciencia y la Cultura de la Creencia quieren ser dos cosmovisiones cuya oposición se basa en las diferencias existentes entre los fundamentos sobre los que se asientan.<sup>1</sup> Por tanto, para esta división bicultural se atiende, no al modelo desarrollado por un grupo o grupúsculo en una época u otra, esto lo ordenaríamos en algún grado de subcategoría, sino a los procedimientos que parecen informar y regir las actividades y las actitudes teórico-prácticas humanas. Nosotros clasificamos los conocimientos humanos en dos grupos siguiendo la influencia general de dos métodos cognoscitivos. Y según esos dos géneros de conocimientos, el uso que de ellos hace el hombre y las influencias que le retornan se puede llegar a la subdivisión de la civilización humana (entendiendo por civilización humana todo lo hecho por el hombre desde que es hombre) en dos Culturas.

Los dos procedimientos, los dos métodos, son lo que nosotros denominamos método empírico y método fiducial.<sup>2</sup> El método empírico exige la condición final del experimento y la comprobación repetida, escéptica y agnóstica. En el método fiducial es necesario resaltar la fe. La fe acepta como punto de partida unos postulados que han sido convertidos en 'Verdades' intocables. Esas 'Verdades' se pueden encontrar en el orden religioso, o científico, o político, o individual, o en el orden social, o en cualquier otro ámbito. La fe condiciona la investigación y la fe condiciona los resultados de la investigación al rechazarlos si niegan lo que el investigador acepta como verdades de partida. Por investigador entendemos naturalmente toda persona que busca la solución a un problema que se le plantea, sea éste de astrofísica, de biología, de cibernética, de la aburrida y prosaica vida diaria, de sociología, teología, mística, política o de la crisis de los años treinta y la actuación de quienes vivían inmersos en ella, que es lo que aquí nos ocupa.

Por lo demás, no queremos entender por método exclusivamente el camino que sigue una u otra Cultura para llegar al conocimiento. Entendemos también toda una actitud mental tanto a nivel individual como a nivel social. Los fundamentos del método impregnan los hábitos psicomentales. Y la vida diaria se analiza y se gobierna según esos hábitos. El método de investigación utilizado y la mentalidad global, que son interdependientes, dan como resultado final el tipo de Cultura.<sup>3</sup> Cuando el hombre se rija por el método empírico tendrá lo que llamamos Cultura de la Ciencia; cuando lo haga por el método fiducial estará construyendo la Cultura de la Creencia.

Ni en el contexto histórico actual ni en el contexto europeo de entreguerras en el que tuvo lugar la Guerra Civil, ni los individuos aislados ni la sociedad en general se rigen, o regían, exclusivamente por uno de los dos métodos. Ignoramos si la circunstancia contraria se dio en el pasado o se puede dar en el futuro e ignoramos igualmente si es posible la existencia de una Cultura sin la otra.

La historia tiene demasiados factores como para que pretendamos presentar con precisión matemática el paralelismo o la divergencia de las dos Culturas en algún período concreto. Ahora bien las tendencias son detectables. No tenemos por qué ver las

dos Culturas, en un ejemplo gráfico, como las dos caras de la moneda humana, sino como conjunto de puntos sobre una circunferencia: cuando fijamos nuestra perspectiva en los extremos del diámetro las posiciones parecen totalmente enfrentadas; en cuanto salimos de dichos extremos las posiciones se acercan y las rayas divisorias se diluyen progresivamente. Esto es aplicable a cualquier momento histórico y por tanto al contexto europeo y español de los años treinta. Si los extremos son señalizaciones clarificadoras para el análisis, las fronteras difusas nos pronostican que en momentos álgidos de crisis se va a producir una amalgama de elementos de una y otra Cultura en las cosmovisiones individuales, en las ideologías y en las metas de la sociedad. Por tanto, ¿en qué estadio de crisis cultural se encuentran Europa y España al estallar la Guerra Civil?

En realidad es en la segunda mitad del siglo XIX cuando la crisis y las dos Culturas hacen irresistiblemente tangibles los síntomas de su presencia. La manifestación de las dos Culturas a nivel social y político, a nuestro entender, se debe perseguir temporalmente desde la Revolución Francesa.

Desde el aspecto de los conocimientos, para las dos Culturas, no menos importante que el espectacular crecimiento de las ciencias desde mediados del siglo XIX es su carácter de aplicadas. Hicieron posible la Segunda Revolución Industrial y la explosión demográfica del siglo pasado. Unido a estos dos factores apareció el fenómeno de la gran ciudad. Por él la sociedad europea empezaba a dejar de ser eminentemente agrícola para convertirse en urbana. Y, hablando de las ciencias, lo que no podemos olvidar: con la teoría de la evolución, la biología (Darwin) dio un vuelco a la visión de la naturaleza tanto del propio hombre como del mundo de los seres vivos en el que existe. Sacar los orígenes del hombre de las manos de un creador divino y poder entenderlos según las exigencias de las leyes naturales era uno de los pasos más decisivos y necesarios para que la Cultura de la Ciencia pueda optar a triunfar sobre la Cultura de la Creencia.

Los cambios, por lo demás, no atañen únicamente a las ciencias positivas y a sus aplicaciones. Es un momento de revulsión generalizada que se extiende a todos los campos de adquisición de conocimientos. El arrollador auge de las ciencias imbuje de las características de sus métodos a los de las humanidades: tanto a la historia, como a la sociología, la filosofía o la crítica literaria. Los maestros de las élites intelectuales que protagonizaron los acontecimientos de la República y de la Guerra Civil son de esta época.

Desde aspectos como el ideológico o el sociopolítico nosotros queremos asociar con la Revolución Francesa la rebelión de Cultura de la Ciencia contra la Cultura de la Creencia. Decimos rebelión y no decimos ni momento de salida ni triunfo. Si elegimos la Revolución Francesa es porque con ella se cerró en Europa un ciclo en la evolución del poder y se abrió otro que se cerraría en la época en cuyo contexto tuvieron lugar la II República y la Guerra Civil españolas.

El principio de la oposición entre Cultura de la Ciencia y Cultura de la Creencia al finalizar el siglo XVIII está en la oposición fe-razón, que no es sino dos concepciones enfrentadas del hombre y su sociedad. La fe, que en el contexto europeo se rige por las proposiciones doctrinales del cristianismo, requiere del hombre que cumpla en este mundo los mandatos establecidos por Dios para así poder llegar a su autorealización en el Más Allá. La fe permite la existencia de una sociedad estratificada en estamentos. En la cúspide de la pirámide está el rey. Su estado y su autoridad le han sido conferidos por Dios y eso le da el poder omnímodo de dictar leyes y disponer de sus subditos. Es lo que se llama el Antiguo Régimen.

La razón, desde el Renacimiento, es sinónimo del valor del hombre por sí mismo y en esta vida. Basándose en ello se exige para la sociedad un poder democrático en lugar de autocrático, un parlamento para elaborar las leyes según los dictados de la razón, igualdad entre los individuos, sociedad laica en lugar de comunidad de los santos. La Revolución Francesa trajo consigo el derrumbamiento del Antiguo Régimen. Significó la ascensión de la burguesía y el triunfo del sistema ideológico que dominaría el siglo XIX: el liberalismo. En principio ambos perseguían una sociedad ordenada según los predicados de la razón.

Si bien pensamos que la Cultura dominante en el Antiguo Régimen era la Cultura de la Creencia, no identificamos al liberalismo con la Cultura de la Ciencia. Tampoco identificamos con ella a la burguesía o al socialismo posterior. Esta Cultura pasa por un proceso de desarrollo. Lo mismo hemos de decir de las ideologías o de la clase social mencionadas. No son estáticas, sino *cambiantes*: porque el hombre es un ser evolutivo. Sobre esa carencia se asienta la *no identificación* y el hecho del *simultáneo fortalecimiento* que la burguesía, el liberalismo o el socialismo dispensan a la Cultura de la Ciencia. Este es precisamente otro ángulo que necesitamos para abordar la crisis, sobre todo en el período comprendido entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Porque desde el hecho de la no identificación a la metodología de la Cultura de la Ciencia le van a llegar ingerencias de los métodos y espíritu de la Cultura de la Creencia. Y, con las ingerencias, las contradicciones y la falsificación. Veámoslo.

La pretensión más inmediata de la burguesía y el liberalismo es la creación de un parlamento que haga de contrapeso a los poderes del monarca. El primer triunfo de la Revolución se plasma en una monarquía constitucional. Es, de cualquier modo, una forma transicional: se mantiene la institución monárquica y paralelamente se proclama, elemento de la nueva Cultura, que el poder le viene de la ley, que es elaborada por el parlamento. En el parlamento se sienta la burguesía y ya en la misma Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, en el artículo 2, eleva la propiedad a derecho natural y elimina la igualdad, que es la que posibilita la democracia.<sup>4</sup> La división entre ciudadanos activos y pasivos y las condiciones censitarias establecidas en la Constitución de 1791 excluían a los sectores más bajos de la población a la hora de elegir y ser elegidos.

El período abierto con la Revolución Francesa concluye en el Congreso de Viena. Este Congreso es otro hito en la historia de Europa. Es el pacto entre las fuerzas representativas del Antiguo Régimen y el poder adquirido por la burguesía tras 1789. En la formulación de Gentz y Talleyrand, era necesario «en primer lugar, restablecer la 'legitimidad', la de los soberanos. Pero, 'en el orden de las combinaciones legítimas, atenerse con preferencia a las que puedan contribuir de la manera más eficaz a establecer y mantener un verdadero equilibrio'.<sup>5</sup> La burguesía se alía con la monarquía y la nobleza y se distancia de los estratos más bajos de su propio Estado. Desviacionismo.

Lo sucedido en Francia tras el triunfo de la revolución de Julio de 1832 es nuevamente iluminador para nuestra concepción de las dos Culturas. La burguesía y los liberales suben al trono a Luis Felipe proclamándole «roi des Français». Con esta última fórmula se soslaya justificar por qué legitimidad se coronaba al Duque de Orléans en lugar de al legítimo heredero: si en virtud de leyes sucesorias monárquicas o en virtud de la elección del pueblo francés. Si se infligía una derrota a la monarquía, se desvirtuaba simultáneamente la democracia.

En las revoluciones de 1848-50 asistimos a un punto crítico en la historia y a una nueva división a nivel social: los obreros acaban de tomar conciencia de que son una clase con intereses distintos de la burguesía. En su control del poder y en su objetivo de dirigir la sociedad según su propia ideología, la burguesía no se enfrenta ya con el Antiguo Régimen o sus restos, sino con un movimiento ideológica y socialmente formado después de la Revolución Francesa. En la evolución política, ideológica, social y económica del período comprendido entre las revoluciones de 1848-50 y la I Guerra Mundial se aprecian dos etapas claras. Pondremos en 1871 la raya divisoria.

En la primera etapa son el liberalismo y la burguesía quienes controlan el poder. En la segunda etapa aparece la oligarquía y obliga al liberalismo a decantarse por el reformismo para retener el poder. Por parte de los obreros, en la primera fase luchan por el definitivo reconocimiento de su movimiento. En la segunda fase y con un sindicalismo de masas, luchan por los seguros sociales. Para el socialismo la primera etapa consiste en la pugna por establecerse como ideología más influyente frente al liberalismo. La segunda fase es la etapa de división entre las tendencias revisionista y las revolucionarias y la llegada al parlamento.

Tras ser sofocados los movimientos revolucionarios de 1848-50 se entró en la fase de la 'Realpolitik'. Por parte del poder establecido en una fase de estados fuertes en los que se trataba de gobernar mediante la falsificación de las elecciones o saltándose los procedimientos parlamentarios; en una fase en la que la «razón de estado» justificaba los medios; y en una fase en la que se estaba entrando en la Revolución Industrial. En la nueva era económica los industriales, comerciantes y banqueros entendían que la seguridad interior y exterior que necesitaban sólo se la podía ofrecer un estado y un ejecutivo fuertes. Estas tendencias estaban en contradicción con la doctrina libe-

ral. Pero sucede que el liberalismo se había esclerotizado. Para 1871 se habían alcanzado muchos de los objetivos liberales progresistas que habían sido derrotados en 1848. En 1871 lo que salió derrotado fueron los métodos.

También por parte del movimiento obrero asistimos a una etapa de realismo y 'Realpolitik'. Levantada en 1848-50 la hipoteca que le ataba a sus dirigentes y aliados intelectuales y burgueses, el movimiento obrero evoluciona hacia una organización acorde con las nuevas circunstancias económicas capitalistas. Se aparta explícitamente de la utopía y de la reforma política perseguidas por sus antiguos aliados y trata de lograr la reforma social. Buscan los seguros sociales y las negociaciones directas y colectivas con los patronos. Y otra característica del nuevo sindicalismo: comprenden la necesidad de contar con sus propios representantes en los parlamentos. Lo conseguirán en la segunda fase. El proletariado y el marxismo están en su etapa más dinámica e innovadora.

Y aquí tenemos que plantear una cuestión que se dilucidará más adelante: ¿comprendieron los dirigentes intelectuales de la II República esta etapa del movimiento obrero?, ¿comprendieron la diferencia de clase que les separaba y la perspectiva con que lo veían los obreros?, ¿o creyeron que podían volver a la mentalidad y al status anteriores a 1848? Prosigamos.

En la segunda reunión internacional de obreros, en 1863, nació la Asociación Internacional de Trabajadores, o I Internacional. La disolución de la I Internacional (1876) se produjo por las disensiones entre las ideas marxistas y las radicales del anarquismo de Bakunin y por el fracaso de la Comuna de París de 1871. Con el advenimiento del proletariado, en el sentido de toma de conciencia de clase, asistimos a un cambio en la evolución de la historia. Tomado desde el punto de vista de las dos Culturas, a un nuevo estadio en su enfrentamiento.

En adelante tendremos al proletariado frente a la burguesía y al marxismo frente al liberalismo. Ambos binomios incurso en el proceso de la Revolución Industrial y la Revolución Científica. Y ambos encuadrables en el marco de la Cultura de la Ciencia.

En la etapa 1871-1914 asistimos a la aparición del Estado del bienestar, o Estado social. Los gobiernos para su supervivencia, la oligarquía para sus intereses y los obreros para su protección, creemos que a partir de 1871 se abre una época en que todos abogan por la abierta intervención del Estado en la dirección de la comunidad. Dicha intervención se dejará sentir desde la regulación de las sociedades de carácter económico, pasando por la regulación del trabajo en las fábricas, hasta el ordenamiento de su hábitat y los servicios de las ciudades o la seguridad social.<sup>6</sup> La proliferación en esta época de todo tipo de sociedades derivadas, paralelas o subyacentes a la misma actitud intervencionista estatal y a las organizaciones de carácter netamente económico o político, es también una contribución a la formación del espíritu de comunidad. De todas formas las corrientes más poderosas y concretas que impelen la praxis sociopolítica hacia el Estado como comunidad las encontramos en la oligar-



quía, en el liberalismo reformador, en el socialismo y en el sindicalismo. No importa, por ahora, que sus objetivos puedan ser contrarios y opuestos.

Y, si estamos hablando de la España de la II República y de la Guerra Civil, es inevitable que explicitemos otro aspecto que en el Estado social adquiere una gran importancia: la educación. En las mentes de los gobernantes de la II República la educación desempeñó un papel de primerísimo orden. Pero sucedía simultáneamente que buena parte de las élites que propiciaron, primero, el advenimiento de la República misma y rigieron sus destinos, después, eran ellos mismos producto de la obsesión por la reforma y por la extensión de la educación que se había apoderado del último cuarto del siglo XIX.

La reforma de la educación puede tener como objetivos la mera introducción de cambios que afecten a la mayor o a la mejor adquisición de conocimientos. Por ejemplo, en esta época se plantea la necesidad de llevar la educación a amplias capas de la sociedad y se plantea también la necesidad de resolver un problema nuevo, que es un problema de métodos: el naciente enfrentamiento entre ciencias y letras (donde entre paréntesis es oportuno apuntar que los intelectuales de la II República tendrán una mentalidad más de letras que de ciencias). Pero independientemente del mero nivel de los conocimientos, la reforma puede estar encaminada a la formación, por ejemplo, de élites. Por lo que la cuestión que se plantea es saber cuál es la función político-social que se asigna a estas élites. Esto nos interesa porque el elitismo es un objetivo explícito en el movimiento intelectual de las décadas que preceden a la II República.

La extensión de la educación se entiende en el plano filantrópico como una lucha contra el analfabetismo. Sin embargo no son en absoluto de despreciar algunos de sus lados prácticos y, quizá, mucho menos idealistas. Uno es la creciente demanda de ciudadanos espacializados. Otro el indoctrinamiento. Un tercero es el lado electoralista. Vamos a asumir que el primer aspecto beneficia en último término a toda la comunidad. Ahora bien, ¿quién indoctrina, a quién indoctrina y para qué indoctrina? ¿Cuándo han sido las campañas electorales un dechado de información sobre la verdad? Los indoctrinados y los manipulados electores son 'el pueblo' o 'las masas'. Los indoctrinadores son las instituciones religiosas, los partidos, el poder político o el poder económico. Y, ¿por qué no?, las élites intelectuales. Lo que nos remite otra vez a la II República.

Dejemos ya la educación para ocuparnos del aspecto ideológico. Durante el período 1871-1914 asistimos a una época de reformismo por parte de los liberales. Ese reformismo lleva implícita su propia decadencia: en gran medida es la defensa frente a la presión de la oligarquía y la competencia electoral con el socialismo lo que impulsa al liberalismo a hacer concesiones. Por su parte en el área del socialismo aparece la socialdemocracia hacia 1890. Prescinde de la revolución y pretende conseguir los objetivos del marxismo participando en el marco ofrecido por el Estado liberal.

En 1914 el SPD, el partido socialdemócrata más fuerte y más influyente en Europa, tiene 110 miembros en el 'Reichstag' y un 34% del electorado.

Desde nuestra perspectiva bicultural consideramos que el Estado del bienestar es una característica de la Cultura de la Ciencia. Hemos de precisar inmediatamente que nos referimos al *espíritu de comunidad* que se está creando, no a los elementos conflictivos entre sí, o incluso contradictorios con dicha Cultura, que intervienen en su creación. Desde el punto de vista de la Cultura de la Ciencia no nos importan demasiado, ahora, por ejemplo, las motivaciones reales de la legislación social de un Estado. Lo que importa es establecer el progreso que la concienciación creciente de comunidad va experimentando. También importa que la legalización revela la profunda raigambre y potencia que esa conciencia ha adquirido para el período que concluye en 1914.

Sí nos interesan los motivos de las concesiones si queremos apreciar en qué sentido quieren los dirigentes de un Estado llevar el espíritu de comunidad. En la época de que hablamos el poder y el gobierno están en manos del liberalismo reformista y de la oligarquía. Ambas fuerzas son defensoras del individualismo. La segunda, sin embargo, sigue las doctrinas elitistas de la ley del más fuerte y del neomaquiavelismo. Por tanto su objetivo será utilizar la fuerza de la comunidad en su provecho. Si aceptamos que en teoría el poder absoluto quedó superado en la Revolución Francesa, en la etapa de 1871 a 1914 asistimos al nacimiento de tendencias que presagian la vuelta hacia ese tipo de poder. Si la burguesía liberal defendía la república parlamentaria, la burguesía oligárquica respalda la dictadura para mejor conseguir sus objetivos. El siguiente período histórico es el de los fascismos. Con los totalitarismos se cierra un ciclo en la evolución del poder.

Para permitir el florecimiento del totalitarismo antes hubo de darse el desmoronamiento de algunos presupuestos de períodos anteriores. Se hundieron el liberalismo y el sistema económico liberal-burgués y fracasaron los partidos en la tarea de ofrecer las soluciones que necesitaba la sociedad. Para mí, es aquí donde estalla definitivamente la crisis cultural europea. Se inflaron la histeria ya existente, el subjetivismo, lo irracional y la aproximación hermenéutica a la concepción del hombre, de su historia y de sus relaciones sociopolíticas. Se desembocó en una época de completa desintegración y hundimiento de las tradiciones, credos y valores anteriores. Si a la crisis ideológica añadimos la crisis económica derivada de la Guerra Mundial tendremos una visión clara de la crisis social y en conjunto de la crisis cultural.

La crisis económica comenzó al acabar la guerra. Las perspectivas de nivel de bienestar que se les ofrecían a los europeos eran inferiores a las de antes del conflicto. La guerra había desplazado a Europa del epicentro industrial y comercial del mundo. Cuando concluida la conflagración se quiso volver a la 'normalidad' los europeos hubieron de comprender que la normalidad anterior a 1914 era historia pasada. El endeudamiento exterior, la destrucción sufrida, más la reordenación en función de la

guerra no permitían a la industria atender las necesidades de la paz: ni en empleo, ni en comida, cobijo o energía.

Si ya en la fase de 1871-1914 se había dado una creciente intervención del Estado en la dirección y planificación de la vida económica y social, durante la guerra esta tendencia alcanzó un punto culminante. Sus secuelas afectaron a los procesos políticos, sociales y económicos postbélicos. También la propia guerra introdujo cambios cualitativos: por primera vez, era una guerra que afectaba a la sociedad total. Ni los generales, ni la burocracia ni la administración estaban preparados para ella. Hubieron de ser los líderes industriales y obreros quienes comprendieran y organizaran las movilizaciones y la economía para la guerra moderna. Era necesario replanificar la industria y el comercio interior y exterior. Se controló la libre iniciativa y se coordinaron todos los esfuerzos en función de la guerra. A esto se denominó «socialismo de guerra».

Las tendencias igualitarias y la supresión de la anarquía económica tenían que potenciar la conciencia de bien común y comunidad y, conforme a ello, la exigencia de nuevos planteamientos para la paz. Ahora bien, cuando ésta llegó se quiso volver al status prebélico. Significaba reasumir esquemas económicos que, por una parte, habían conducido a la guerra; que, por otra, no eran los más aptos para las conveniencias de la mayor parte de la sociedad; que, en tercer lugar, defraudaban a aquellos a quienes se había exigido más sacrificios en la guerra, las clases bajas y medias, abandonándolos de nuevo al arbitrio de la libre competencia: a la ley del más fuerte... o del menos escrupuloso. Los gobiernos no supieron resolver ni las crisis económicas ni las crisis sociales que de ahí surgieron.

En 1920 parecía que estaban solucionados los problemas de financiación y reindustrialización. Se produjo un boom engañoso. 1921 trajo el colapso, la depresión y el desempleo. En Italia apareció el fascismo. En Alemania ya existía desde 1920 el partido nacionalsocialista de Hitler. En 1923 Francia invade el Ruhr y desata una crisis que produce el hundimiento del marco y el desastre económico en Alemania. Hitler y el general Ludendorff intentan el golpe de Estado. En el mismo año 1923 y por este método el general Primo de Rivera ocupa el poder en España.

El plan Dawes hizo recuperar la confianza, la normalidad y la seguridad por unos años. La primera etapa de la Dictadura produce en España una impresión similar. En 1927 se dejan notar síntomas de decaimiento e inestabilidad en la agricultura mundial (Primo de Rivera no lleva a cabo la deseada reforma en la española). En 1929 estalla la Gran Depresión. El desastre de Wall Street significó el colapso de la agricultura, la industria y las finanzas. Primero en EE.UU. e inmediatamente después en Europa. Los nacionalsocialistas alcanzan en Alemania en ese mismo año el 18,3% de los votos. En 1928 habían tenido un 2,6%. En lo más agudo de la crisis, tras la quiebra de los bancos 'D' y la retirada de los créditos americanos, alcanzan en julio de 1932 un 37,3%.<sup>7</sup>

En el plano ideológico quiero reflejar la crisis haciendo una rápida referencia al fracaso de las ideologías según expresadas por los partidos. Quiero poner al partido liberal inglés y al partido socialdemócrata alemán como ejemplos.

Cuando estalló la guerra en 1914 eran los liberales quienes estaban en el gobierno en Gran Bretaña. La guerra amenazaba una serie de principios liberales que iban desde el libre mercado hasta el servicio militar voluntario. El partido liberal se encontró en una posición sumamente delicada. Los pacifistas se oponían a la guerra. Los fundamentalistas aceptaban la guerra pero no estaban dispuestos a transigir desviaciones de la doctrina liberal por su causa. Una tercera corriente puso la eficacia en la dirección de la guerra por encima de los principios del liberalismo ortodoxo. Lloyd George fue el más caracterizado de esta tendencia. Su llegada al poder en diciembre de 1916 en alianza con los conservadores puso la unidad de los liberales en un punto crítico. Lo mismo sucedió acabada la guerra en las »Coupon Elections«. Pero lo que sucedía en el partido no era consecuencia del mero oportunismo personal de Lloyd George, sino reflejo de una crisis más profunda del propio liberalismo.

Las elecciones de 1922 marcaron un hito en la curva del descenso liberal al ser sustituidos por el Labour Party en las funciones de primer partido de la oposición. A principios de 1924 volvieron al poder como aliados de los laboristas, pero fueron incapaces incluso de participar en los éxitos del gobierno. Rodeados de la sensación propia y ajena de ser un partido moribundo se hundieron hasta 43 diputados (desde 158 en 1923) en las elecciones, provocadas por ellos mismos, de diciembre de ese mismo año. En las elecciones de 1929, ganadas por los laboristas, consiguieron 16 diputados más. En agosto de 1931 los laboristas rechazaron la política de MacDonald. El Primer Ministro laborista llamó a los conservadores y a los liberales a un Gobierno Nacional. En diciembre los conservadores ganaron las elecciones y los liberales permanecieron en la alianza »because they had nowhere else to go«, porque no tenían nada mejor que hacer.

En agosto de 1914 los miembros liberales del parlamento inglés ascendían a 261. En las elecciones de 1935 habían descendido a 21. A nivel interno es posible que fuera el enfrentamiento entre Lloyd George y Asquith el principal elemento en la desintegración del partido liberal. La incapacidad de adaptarse a nivel ideológico y social a los tiempos que corrían les había imposibilitado atraerse al mundo del trabajo y les había hecho fracasar a la hora de introducir las necesarias reformas en el sistema capitalista.<sup>8</sup>

La alternativa progresista a los liberales eran los laboristas. Como hemos apuntado, llegaron al gobierno en 1924. Duraron unos nueve meses. Aunque no lo hicieron mal, resultaron una desilusión para las esperanzas que los británicos habían puesto en ellos. Volvieron al gobierno en 1929. Estalló la bancarrota de Wall Street y la falta de soluciones y decisiones firmes les enajenó nuevamente la confianza de la población. En 1931 MacDonald sembró la división en el partido. No volvieron al gobierno hasta

después de la II Guerra Mundial. Por tanto la alternativa progresista también fracasó en Gran Bretaña. Pero hemos dicho que para referirnos a la alternativa progresista que se le podía ofrecer a la sociedad europea elegíamos el ejemplo de los socialdemócratas alemanes.

Las variantes que en Alemania entraban en juego eran distintas de las del Reino Unido. La historia, sin embargo, se repitió. El SPD no supo o no pudo estar a la altura ni del papel que había desempeñado anteriormente en Europa ni de las exigencias demandadas en Alemania para la defensa del progreso social y de la democracia. El socialdemócrata fue el principal partido de los que firmaron el tratado de Versalles. También fue el principal en dar vida a la República de Weimar en la revolución de noviembre de 1918. El SPD partió con un 37,9% de los votos a su favor en las elecciones de enero de 1919. Ese mismo mes estalló la revolución espartaquista. El SPD la aplastó violentamente utilizando... el ejército imperial: se enajenó radicalmente las simpatías de las tendencias revolucionarias. Aliados con la burocracia y demás fuerzas del Imperio que acababa de derrumbarse, los socialdemócratas quebrantaron el espíritu de lucha del mundo del trabajo y desilusionaron a las capas de la pequeña burguesía que habían confiado en la izquierda. Estas capas, visto que todo seguía igual, volvieron sus miradas hacia partidos autoritarios o reaccionarios.

El SPD se identificaba con la República de Weimar como algo propio. Sin embargo, ante el golpe de Estado de Kapp, en marzo de 1920, el gobierno huyó y tuvieron que ser los obreros quienes salvaran la República. En las elecciones de junio les pasaron la cuenta: sus votos descendieron hasta el 21,7%: perdieron el 42,74% de sus votantes. En mayo de 1924 experimentaron un nuevo descenso. En 1925 perdieron la presidencia de la República. En mayo de 1928 consiguieron recuperarse hasta el 29,8%, pero la Gran Depresión inició su definitivo descenso. En julio de 1932 von Papen se atrevió a arrojar a los socialdemócratas, *por decreto*, del gobierno de Prusia. Los obreros salieron a la calle en Berlín. Los líderes del partido se entregaron sin lucha. La humillante capitulación del SPD dejó expedito el camino para la destrucción de la República de Weimar. En las elecciones generales del mismo mes los socialdemócratas descendieron al 21,6% de los votos. En las últimas elecciones libres de Alemania, noviembre del mismo año 1932, todavía descendieron al 20,4 %. En las de marzo de 1933, las últimas de la República de Weimar, tocaron fondo con un 18,3%: menos de la mitad de los votos obtenidos en 1919.

En el fracaso de la socialdemocracia alemana no es de despreciar, en absoluto, el factor internacional: los Aliados proclamaron en París que había triunfado la democracia sobre el militarismo alemán, pero a la joven y democrática República de Weimar la cercaron con el irracionalismo de las reparaciones.

La época entre las dos guerras mundiales, en las democracias, se resume en inestabilidad de gobiernos y gabinetes, constante recurrir a poderes de emergencia como solución, ininterrumpidas elecciones, coaliciones artificiales y falta de planificación a

largo plazo para la recuperación y la estabilización. Todos estos factores dieron base a la creencia de que el democrático era una forma débil e ineficaz de gobierno. Pero si nos dejamos guiar por el hundimiento del liberalismo, si, contemplamos la falta de programas a la hora de la verdad del socialismo revisado y si tenemos en cuenta, por el lado de enfrente, los elementos en ascensión de comunidad y planificación, se podrá concluir que en la etapa de entreguerras lo que apreciamos son las secuelas del final de una época ideológica: el final de la cosmovisión liberal-burguesa y la falta o bien de otra cosmovisión para sustituirla o bien de la decisión necesaria para asumir las corrientes que apuntaban hacia una nueva cosmovisión.

El marxismo, nacido de ideas ya presentes en el liberalismo y nacido con la explosión científica, industrial y urbana, los fenómenos configuradores de la sociedad moderna, era seguramente la ideología llamada en primer lugar a ofrecer la solución. Pero simplemente fracasó cuando le llegó la hora de asumir la dirección de la sociedad. La corriente revisionista porque perdió la onda revolucionaria y porque careció de programas y la corriente revolucionaria por las negativas características del modelo ruso en que se plasmó: porque allí el socialismo también desembocó en un régimen totalitario.

### *La II República y la Guerra Civil*

Y en este contexto europeo aparecen la II República y la Guerra Civil españolas: los partidos fuertes y establecidos no ofrecen ninguna salida ideológica viable; los gobiernos democráticos pretenden contrarrestar su debilidad y controlar la situación económica y social recurriendo a decretos y a poderes de emergencia; el fascismo de Mussolini ha ocupado el poder en Italia; el aparente éxito de sus primeros momentos despierta admiradores por toda Europa, incluida España; aupados por la crisis económica los nacionalsocialistas acceden al poder en Alemania en 1933; en Rusia la Revolución de Octubre ha dado paso a la dictadura staliniana.

La crisis ideológica y política había comenzado en España en 1898. Ni los liberales ni los conservadores fueron capaces de ofrecer soluciones para evitar el distanciamiento entre las instituciones y las nuevas corrientes que se estaban fraguando en la sociedad española. El régimen basado en la Constitución de 1876 entró en el tramo final de crisis en 1917. En ese año las Juntas de Defensa, la Asamblea de Parlamentarios, las huelgas habidas y su represión y finalmente el ejemplo de la Revolución Rusa abren un período hasta 1923 en el que en primer lugar se elimina el decrépito sistema rotatorio del bipartidismo liberal-conservador; en el que los partidos se atomizan, se hacen imposibles las coaliciones estables de gobierno y se produce un rosario de crisis totales y parciales de gabinetes; en el que las fuertes subidas de los precios azuzan la crisis social; y en el que la creciente potencia del mundo obrero y el descontento del Ejército adquieren un papel decisivo. Todo concluye cuando en 1923 la dictadura de Primo de Rivera acaba con el régimen parlamentario.

La solución Primo de Rivera es una imitación del modelo Mussolini italiano. Cuenta con el respaldo tácito o explícito de la mayor parte de la sociedad. Tras una primera etapa de éxito, orden, paz social y diálogo con los obreros (con UGT y los socialistas) llega el fracaso. Pasan los años y la Dictadura no resuelve ni el problema de los campesinos y la reforma agraria ni el problema de presentar un régimen político estable que sea su sucesor. En octubre de 1929 ocurre el desastre de Wall Street y en enero de 1930 cae Primo de Rivera. Inmersos en la crisis social, política y económica, en el pensamiento de los partidos, los militares, los obreros y los intelectuales comienza a agitarse la idea de una república (Pacto de San Sebastián, pronunciamiento de Jaca). Por fin, en medio del entusiasmo general, las elecciones de 1931 motivan el advenimiento del régimen republicano y, con la salida de Alfonso XIII de España, la conclusión del monárquico.

La II República española es una república burguesa, ha sido llamada una república de intelectuales y es una república que acabó en una guerra civil. La primera cuestión que esto nos plantea es la de encuadrarla en un contexto. La segunda es la de decidir cuál es la mentalidad de estos intelectuales. La tercera es buscar los motivos del fracaso.

El contexto es en primer lugar el español, pero el español está encuadrado en el europeo. Del contexto es de lo que hemos venido hablando hasta ahora. En las naciones europeas de cabeza existe un fuerte impulso científico, una gran industrialización y tecnologización, unas extensas clases burguesas, una poderosa oligarquía industrial y financiera y un bien organizado y poderoso movimiento obrero. Después de la I Guerra Mundial Europa en general se encuentra envuelta en una crisis ideológica, en una crisis social y en una crisis económica. España también. Aquí la fuerza de la tecnologización, de la industrialización, de la burguesía es inferior. El poder de la oligarquía tiene una decisiva componente política (caciquismo) y agraria. España es una nación que Tuñón de Lara califica de protoindustrial,<sup>9</sup> con una agricultura en la que tanto el aspecto de la propiedad de la tierra como el de su explotación están periclitados. El conservadurismo de la aristocracia terrateniente, el absentismo, el latifundismo y el descontento de quienes laboran la tierra hacen de la agricultura un explosivo y constante foco de tensión social. España arrastra un retraso general con respecto a las tres naciones (Gran Bretaña, Francia y Alemania) que llevan marcando la pauta del desarrollo material y la evolución europea en general desde la segunda mitad del siglo XIX, desde la Revolución Industrial y la Revolución Científica.

El movimiento obrero español no obtiene su primer diputado hasta 1910.<sup>10</sup> En términos cuantitativos es un movimiento que refleja la debilidad de la industrialización española y que, como ésta, crece a partir de 1909-1910. A diferencia de la patronal,<sup>11</sup> sin embargo, el movimiento obrero español está europeizado y posee una decidida visión internacionalista. Hay que resaltar estas dos últimas facetas porque eso va a implicar que tanto por experiencia propia como por la de sus colegas europeos el obrero

español tiene una larga tradición de conciencia de clase frente a la burguesía y que, nacida simultáneamente a esa conciencia, en las revoluciones de 1848-1850, también tiene otra tradición: no se deja tutelar por el intelectual burgués y desconfía de él. Hay además una tercera tradición que hemos de resaltar: la preocupación por la extensión y por el acceso de la clase obrera a la cultura que muestran las organizaciones obreras españolas. La extensión de la cultura al pueblo es también una pretensión de los intelectuales a partir de finales del siglo XIX. Ahora bien, los mismos medios no significan necesariamente los mismos fines. La cultura del obrero para el obrero es, al mismo tiempo que instrucción, un arma de autovalorización, de concienciación y, en último término, para la lucha de clases. La cultura que el intelectual, con conciencia de élite, ofrece al obrero lleva implícita una actitud paternalista.<sup>12</sup>

Cuando el siglo XIX se acerca a su ocaso y estamos en plena Revolución Científica, la enseñanza en España, incluida la universitaria, lleva desde Fernando VII en manos de la Iglesia Católica. Los grandes descubrimientos tecnológicos se hacen fuera de España. ¿Cuántos españoles acompañan a Ramón y Cajal entre los nombres mitológicos europeos de las ciencias positivas? El intelectual español se ve obligado en primer lugar a librar una batalla por superar las ataduras que le amarran al pasado. Luchan por una enseñanza libre y laica. Entre los intelectuales que apadrinan la II República se encuentran los primeros que han salido a Europa en busca de una educación de mayor calidad. La preocupación de los intelectuales españoles se orienta preferentemente a cuestiones de principios e ideologías. La idea global de regeneración de la vida y de la sociedad españolas y de la necesidad de una élite intelectual que la dirija crece en el caldo de cultivo de la filosofía del vitalismo y del historicismo. El maestro español, Ortega y Gasset, se convierte en figura clave a la hora de modelar corrientes de actitudes éticas e ideológicas en los intelectuales españoles. El raciovitalismo y el historicismo orteguianos están lejos del materialismo histórico marxista. Los esfuerzos de un Jaime Vera a favor de las doctrinas marxistas o su defensa del empleo de la metodología de las ciencias en la investigación y en la actuación encuentran entre los intelectuales un eco menor. Entre ellos será posible pronunciar y aceptar aquella frase de «que inventen ellos», que es todo un compendio clasificatorio de actitudes contrarias, consciente o inconscientemente, a la ciencia y a sus implicaciones cognoscitivas o sociales.

Cuando el 14 de abril de 1931 se proclamó la república los patrocinadores del nuevo régimen tenían ante sí una colosal tarea. España necesitaba todo tipo de reformas para convertirse por fin en una nación moderna. Necesitaba reformas políticas e institucionales, sociales y económicas. Necesitaba solucionar la crisis económica, reformar la agricultura, regular las relaciones en el ámbito del trabajo, reformar el ejército, reducir el poder de la aristocracia y de la Iglesia. Las necesidades eran muchas, las circunstancias históricas generales muy difíciles, los objetivos adquirieron formulaciones más quiméricas que realizables, la metodología empleada fue una me-



todología con más dramaturgia, con más fe que realismo, las soluciones no satisficieron a ninguna de las partes.

Podemos comenzar con la cuestión de la Iglesia. El tratamiento dado a este problema es aceptado como uno de los grandes errores del primer bienio republicano. El poder temporal de la Iglesia española a través de sus diversas instituciones era enorme. Era fuerte en las áreas de lo político y de lo económico; dominaba un apartado social tan importante como la educación. El anticlericalismo de los nuevos gobernantes podía estar muy justificado, pero no por ello dejaba de ser un error querer destruir de un plumazo legislativo a enemigo tan poderoso en lo económico, en lo político, en lo ideológico y en lo educacional. El objetivo económico no pudo llevarse a cabo sino de forma superficial ya que los bienes sustanciosos de la Iglesia estaban preparados para escapar a la confiscación. La separación Iglesia-Estado era necesaria, pero la sentencia de Azaña «España ha dejado de ser católica», en términos de 'Realpolitik', no podía ser otra cosa que una malhadada frase retórica: el Estado español dejaba de ser católico, pero los españoles no. Muchos de ellos podían ser declarados anticlericales. Ahora bien, anticlerical no significa anticatólico ni, mucho menos, ateo. El español en su mayoría era creyente y esas creencias no tenían otra forma de expresión que la ofrecida por la doctrina o por las tradiciones cristiano-católicas.

Pero el error más caro frente a la opinión pública fue sin duda la ley de congregaciones religiosas (2 de junio de 1933). Esta ley decretaba el cese de las actividades educativas de la Iglesia... ¡en el plazo de tres meses! Era un flagrante disparate y una crasa contradicción con la gran utopía de hacer partícipes de la educación a todos. Un tercio de la población española era analfabeta y a la llegada de la II República el 50 por ciento de la población infantil en edad escolar no disponía de escuela. En 1930 había 35.989 escuelas nacionales. Los nuevos gobernantes calcularían que era necesario construir otras 27.000. En 1933 el número de escuelas existentes se elevaba a 40.830. El esfuerzo de construcción y dotación de personal habían sido dignos de todo encomio, pero seguía siendo la realidad que de la población en edad escolar en el curso 1932-33 sólo había matriculada un 51,6 % en escuelas nacionales más un 8,2 % en escuelas privadas (que prácticamente eran del exclusivo dominio de la Iglesia).<sup>13</sup> La impopularidad de la medida fue tal que se convirtió en una de las razones para la disolución de las Cortes y para la clara victoria electoral de los partidos de la derecha.

Los objetivos eran progresistas, pero los métodos de acción habían sido puramente subjetivos y fiduciales. El segundo bienio revisó la legislación religiosa del primero, entre otras cosas por la influencia en el gobierno de los católicos de CEDA. Ahora bien, ¿no había suscitado el jacobino anticlericalismo del primer bienio un recelo definitivo contra el régimen republicano en un frente tan poderoso como la Iglesia?

La segunda gran cuestión a la que podemos hacer referencia es la del problema agrario. Tanto la economía como el bienestar y la paz social llevaban ya desde el siglo XIX reclamándola como inaplazable. El 20 de julio de 1931 la comisión técnica

encargada al efecto presenta al gobierno provisional un proyecto de reforma. »Se trataba de un proyecto de gran lucidez. En él coexistían profundidad y simplicidad, en la búsqueda de soluciones reales, que no presentaran largas tramitaciones ni dificultades financieras insalvables«. <sup>14</sup> Cuestiones de índole política aparcan este proyecto y Alcalá Zamora presenta el suyo el 25 de agosto. El nuevo proyecto prevé el asentamiento de 60.000 a 75.000 campesinos anuales y la expropiación de tierras con indemnización. El primer problema es que no hay presupuesto para cubrir los objetivos. Con la llegada del primer gobierno de Azaña se introducen dos propuestas que convierten a la nobleza en chivo expiatorio... y en enemigo de la república: además de al precio de 1830 se le expropiarán las tierras adquiridas tras 1811. En la ley de la reforma agraria de 1932 se prevé la expropiación sin indemnización de todas las tierras de los grandes de España (que son los principales terratenientes dentro de la nobleza). Además de aumentar el encono por un lado, la ley no alcanzó sus objetivos por el otro: de los 60.000 asentamientos anuales previstos, no llegaron a los 12.500 los conseguidos en más de dos años. <sup>15</sup> La falta de realismo era palpable a la hora de compaginar las aspiraciones con las realizaciones posibles. Pero quizá no era sólo falta de realismo y exceso de fiducialismo utópico, sino demagogia para capear la amenazante espada de Dámocles de la insurrección general campesina.

Una vez que el IRA pudo funcionar eficazmente, mientras tanto estaba en el poder la derecha republicana, los asentamientos y las tierras distribuidas aumentaron notablemente, pero todavía muy lejos de las metas propuestas. El cambio radical de rumbo lo produjo la contrarreforma agraria de la ley de 1935. Al final de las disposiciones y condiciones previstas, en limpio no quedaba sino el llano escamoteo de la reforma agraria. En palabras nada menos que de José Antonio Primo de Rivera, citadas por Tamames: según lo reglamentado por la ley »... tardaremos ciento sesenta años en hacer la reforma agraria. Si decimos esto a los campesinos, tendrán razón para contestar que nos estamos burlando de ellos.« <sup>16</sup> El Frente Popular anuló la ley de 1935 y volvió a la de 1932. El IRA, entre otras vías mediante la legalización de ocupaciones ilegales, asentó en cuatro meses más colonos (71.919) que los asentados desde 1931. <sup>17</sup> Una vez comenzada la guerra los campesinos ocuparon las tierras por su cuenta y por su fuerza. La República burguesa, lo mismo que la Dictadura militar antes que ella y lo mismo que la Monarquía parlamentaria que precedió a ambas, había fracasado a la hora de resolver el problema de la tierra y el campesinado.

A pesar de las esperanzas despertadas con el advenimiento del nuevo régimen, en el primer semestre de 1936 los parados en la agricultura ascendían a unos 522.000 sobre un total de 796.000. <sup>18</sup> Si no se solucionó el problema del campo, ¿se consiguió resolver el de los obreros de la industria? Tampoco. La crisis general y el estancamiento de la economía, más el fin de la emigración y el regreso de los emigrados, más lo insuficiente de los presupuestos dedicados a la creación de puestos de trabajo, hicieron que el paro no dejara de crecer durante toda la vida de la II República. En

enero de 1932 había 389.000 parados; en junio de 1936 las cifras habían alcanzado los 801.322.<sup>19</sup> Por parte del Estado, el obrero carecía de seguro de desempleo.<sup>20</sup> Los gobiernos republicanos de izquierdas y de derechas consideraron que tal seguro era una forma de fomentar la holgazanería. La crisis social latente tras estas circunstancias había de ser explosiva. En lo más agudo de la crisis económica, en 1933, las huelgas declaradas ascendieron a 1.127, que afectaron al 90 % de los obreros ocupados y supusieron la pérdida de 14.440.629 jornadas de trabajo.<sup>21</sup> Las huelgas, lo mismo que en el campo, estuvieron bañadas de exasperación y violencia. Fueron produciéndose sucesos como los de Castilblanco, Arnedo, Casas Viejas, cuenca del alto Llobregat. En 1934 se produjo la revolución de Asturias.

Otro frente, otro enemigo. En primer lugar un enemigo de clase. Pero una parte de él, en segundo lugar, también un enemigo declarado del sistema y de las instituciones políticas y de gobierno republicano-burguesas. Nos referimos, claro está, al anarcosindicalismo. La falta de soluciones para la crisis no hizo sino aumentar sus filas. Los anarquistas españoles se opusieron constantemente a los gobiernos republicanos y la CNT ni siquiera participó en la alianza del Frente Popular. Participaría en las tareas de gobierno durante la guerra. Pero fue también durante la guerra cuando los comunistas, los socialistas y los republicanos se unieron para aniquilar la revolución anarquista y preservar el sistema republicano.

Los gobiernos de la república de la burguesía liberal e ilustrada estaban fracasando. Por acción ante la aristocracia y ante la Iglesia; por acción y omisión ante el proletariado obrero y campesino. Nos queda todavía el Ejército.

De los generales de renombre, algunos favorecieron activamente el cambio de régimen (Sanjurjo, Queipo de Llano); otros lo toleraron por el camino de no hacer nada para impedirlo (Mola). Tres características hemos de destacar del Ejército español por las alturas de 1931. La primera se refiere a una larga tradición de intervencionismo en la vida política civil. La segunda a la inadecuada organización y a los tecnológicamente anticuados materiales de guerra, que afectaban tanto al Ejército de Tierra, como a la Marina como a la Aviación. La tercera se refiere a la sobreabundancia numérica en las escalas de mandos. El Ejército necesitaba reforma y modernización. La 'Ley Azaña' (25 abril 1931) abrió el camino de una serie de disposiciones que condujeron a que el Ejército dejase en poco tiempo de protagonizar la vida política. El autoengaño de creer que los militares habían sido sometidos, la subsiguiente explotación triunfalista del éxito, algunas medidas tomadas con muy poco tacto, en un orden de cosas, las huelgas y los desórdenes públicos, en otro, volvieron a activar las suspicacias y el descontento de los militares. En 1932 tiene lugar el pronunciamiento de Sanjurjo, en 1933 se funda la Unión Militar Española. La llegada de las derechas al gobierno trajo consigo el debilitamiento de las conspiraciones militares a base de revisar las disposiciones del primer bienio y promover a puestos de poder a generales como Mola, Franco, Goded o Fanjul. Con los resultados de las elecciones de febrero

de 1936 los militares volvieron a la escena política. Por fin llegó el pronunciamiento que se convirtió en guerra civil.

Dejando de lado los considerandos aducidos por los propios rebeldes, la pregunta clave que se nos plantea desde el punto de vista de una época de crisis y su evolución es la siguiente: ¿proyectaban los rebeldes un nuevo régimen, un nuevo Estado, unas nuevas estructuras sociales? La respuesta es para nosotros de una meridiana claridad: no. Carecían de un programa ideológico e institucional y pasaron a la acción sin considerar necesario contar con un apoyo de masas. ¡Cuán distinto del cambio hacia el totalitarismo esbozado, perseguido y finalmente conseguido por el nacionalsocialismo de Adolf Hitler! Lo del alzamiento del 18 de julio de 1936 era una militarada como todas las anteriores que durante el siglo XIX y XX en España habían sido. Los militares pretendían solucionar poco menos que con el simplismo de la medicina del orden cuartelero la complejidad de las secuelas producidas por el momento crítico histórico general. Extendámonos en algunas consideraciones.

En primer lugar, entre los sublevados no había un líder indiscutido que indicara el camino y recibiera el acatamiento de los demás. Una vez que el levantamiento degeneró en conflicto duradero los generales de lo primero que se preocuparon no fue de un líder de masas, sino de un mando militar único, que no es más que una condición elemental perteneciente al nivel de la estrategia y de la eficacia a la hora de ganar una guerra. Sanjurjo desapareció nada más desencadenarse los acontecimientos. Mola sólo ejercía el liderazgo indiscutido en el Norte. La presidencia de la Junta recayó en Cabanellas. Queipo de Llano conquistó el Sur, se estableció allí, dictó sus propias leyes y al final de la guerra hubo de ser destituido. Franco, sólo se incorporó al pronunciamiento en el último minuto.

En segundo lugar, además de no haber un líder tampoco había unidad ideológica. Sanjurjo y Queipo eran republicanos. Mola un monárquico liberal. Franco más o menos monárquico, sin ser conspirador contra el orden republicano. Goded monárquico y de la UME. Yagüe falangista. Cabanellas además de republicano era masón. El apoyo civil recibido procedía del Tradicionalismo navarro, de la Falange, de los monárquicos y de dirigentes de la CEDA. Cuando se tomó la decisión de formar el partido único se llegó al potpurri de la Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (19 abril 1937). El mejunje ideológico no podía ser otra cosa que la desustanciación de los contenidos de los diversos componentes, tan diferentes entre sí, para poner el partido a disposición del mando supremo. El Consejo Nacional del Movimiento reflejaría asimismo la disparidad ideológica empaquetada en el partido único.

En tercer lugar, en el momento del pronunciamiento los sublevados no pretendían la abolición de la república para sustituirla por otro régimen, ya fuera monárquico o totalitario. Mola

en sus conversaciones con los carlistas dio la sensación de querer una dictadura

temporal en la que las responsabilidades serían desempeñadas en gran medida por técnicos civiles y cuyo final debía ser la convocatoria de un parlamento (...) No sólo Queipo y Cabanellas, sino también Franco, dijeron sublevarse por la República.<sup>22</sup>

Cuando se formó la Junta, ésta tomó «las medidas más urgentes, como la propia declaración del estado de guerra, pero ninguna decisión verdaderamente vital»<sup>23</sup>. La cuestión del líder político no se planteó hasta finales de septiembre, más de tres meses después de la sublevación. Y cuando los generales concentran en Franco el mando militar y el político siguen sin elegir

ninguna fórmula jurídica concreta (...). Una primera redacción del texto de nombramiento de Franco le nombra 'jefe de Gobierno', mientras que la fórmula definitiva, que apareció el 1 de octubre, fue 'jefe del Gobierno del Estado', cuyo contenido preciso era la misma vaguedad.<sup>24</sup>

Hasta 1938 no llegó lo que se puede llamar un gobierno propiamente dicho. Las decisiones y disposiciones que se tomaban, aunque poco a poco adquirieran un tono fascista, eran puntuales y no alcanzaban la categoría de nueva ordenación administrativa del Estado.

Que un grupo de militares se amotine contra un gobierno legítimo al que achacan una incapacidad de gobernar es una cosa; que pretendan cambiar el régimen legítimo es una cosa superior a la primera; y que fracasada su intentona y embarcados en una guerra que desborda no sólo sus previsiones, sino las fronteras españolas, los impen-sados derroteros militares, de alianzas e ideológicos que se siguieron son una tercera dimensión totalmente distinta de las dos primeras: es otra historia.

En cuarto lugar, toquemos el apartado de la alianza con la Iglesia. Las características de la religión, quizá únicamente de la religión institucionalizada, resultan una fácil, y manida, guía para clasificar las inclinaciones ideológico-culturales de sus aliados. Las tendencias de la Cultura de la Ciencia pueden contagiarse de fiducialismo, pero se alían difícilmente al fiducialismo de la religión. Y esto nos pone ya al bando que se llamó nacional en el lado de la Cultura de la Creencia. Porque su alianza con la religión fue tal que la Iglesia española dio a una guerra civil la categoría de cruzada, de guerra santa.

No obstante, esto sucedió iniciado el alzamiento. Creemos que esa circunstancia apunta de forma indirecta, aunque no de forma obligada, a que los rebeldes no perseguían la erección de un nuevo estado de corte fascista. Entre el policromismo ideológico de los generales insurrectos no faltaba el elemento anticlerical.<sup>25</sup> Ahora bien, al menos por su antirrepublicanismo, la Iglesia española era un aliado natural, además de poderoso. Por otra parte la Iglesia de Roma hacía tiempo que se había puesto del lado de los dos regímenes totalitarios de derechas existentes. ¿Por qué no seguir el ejemplo de Mussolini y Hitler?<sup>26</sup> Y, sin embargo, la ayuda de la jerarquía eclesíastica

española no fue requerida ni durante la conjura ni durante los primeros momentos de las hostilidades.

Se suele decir que si el gobierno hubiera entregado armas al pueblo los acontecimientos hubieran tenido otro desenlace. En primer lugar debemos preguntar que a qué 'pueblo', porque 'pueblo', aunque de esta casilla social se excluyan, o auto-excluyan, las élites o las clases dirigentes, es con seguridad algo más que los obreros y campesinos afiliados a CNT y UGT, que podían ser los más conscientes del peligro militar..., pero también los más peligrosos. Y en segundo lugar debemos objetar que, a posteriori, resulta fácil decirlo pero que implica y significa que se pierde de vista la situación real del momento. Los gobernantes tuvieron que tomar la decisión el 18 de julio de 1936 y no el 1 de abril de 1939, cuando las circunstancias eran diametralmente distintas.

A nuestro entender, por consiguiente, la cuestión que se ha de plantear es la siguiente: ¿a qué temía más el gobierno, a la insurrección militar o a la revolución popular? La CNT ni siquiera formaba parte de la alianza del Frente Popular; desde el propio PSOE se había impedido que Indalecio Prieto ocupara la jefatura del gobierno; Largo Caballero había pasado a posiciones extremadas; con su mediación la UGT y la CNT se habían aliado, habían ido el 1 de junio a una huelga, que acababa de concluir, y habían sembrado el desorden y el caos y ensayado en las calles de Madrid lo que Tamames llama «el comunismo libertario de consumo (expropiando a los tenderos de comestibles)»<sup>27</sup>; los campesinos habían ocupado fincas y el gobierno se había visto obligado a legalizar hechos consumados.

Se vivía en un ambiente prerrevolucionario. Los padrinos burgueses y la clase gobernante de la II República podían ser más o menos conservadores o más o menos progresistas y más o menos ilustrados. Pero ante todo pertenecían en bloque justamente a la burguesía. Y la burguesía no es partidaria de la revolución proletaria marxista o anarquista. Los insurrectos pertenecían, en definitiva, a la propia clase y no proclamaban ni la aniquilación de las estructuras sociales ni la del régimen político. Con los sublevados se estaba ante un intraenfrentamiento. Con los obreros y los campesinos se estaba ante un enfrentamiento interclasista. La república burguesa se encontró entre la espada de los militares y la pared de la revolución. Y ahí murió.

España podía ser una sociedad más atrasada que parte de la europea, pero estaba inmersa en ella en todos los sentidos. En la guerra española se reflejaron de inmediato las tensiones a que estaba sometido el Viejo Continente: las ansias, las frustraciones, la utopía, los enfrentamientos, la inseguridad ideológica... la crisis general, en una palabra. Los regímenes totalitarios fascistas ayudaron pronto, y entonces sin remilgos, al bando de los sublevados. El gobierno tuvo otra suerte. Su homólogo francés quiso, pero chocó con la oposición interior y la de Gran Bretaña. ¿Fue la doctrina británica de la no-intervención producto de la reinante debilidad de los gobiernos democráticos, de diplomacia decadente, de ceguera, de 'Realpolitik'? En 1936 el go-

bierno conservador de Su Magestad no podía tener mayor interés en respaldar al socialismo marxista y mucho menos al comunismo y al anarquismo. *Le podía importar socorrer a la burguesía liberal, pero ésta había sido desbordada durante la paz y en la guerra no controlaba las fuerzas encuadradas en su bando. El lado rebelde sin embargo, a pesar del grupo fascista de Falange, lo formaban monárquicos, republicanos conservadores, la religión y los militares mismos. Total, que mediada la guerra, en noviembre de 1937, Gran Bretaña intercambiaba ya con Franco »agentes oficiosos, Sir Robert Hodgson y el Duque de Alba, a los que no tardaron en concedérseles prerrogativas propias de embajadores«<sup>28</sup>. La ayuda soviética sólo llegó cuando la intervención de las potencias del Eje no le dejaba otra salida a la URSS. Entonces la canalizó a través del Partido Comunista, lo que resultó en perjuicio de los republicanos no comunistas.*

El ciclo abierto en la Revolución Francesa se había ramificado. Por el extremo oligárquico al que había arribado la burguesía de 1789 se estaba cerrando con la vuelta al poder absoluto en su nueva forma de poder totalitario. Lo mismo sucedía por el extremo comunista al que había llegado el proletariado de 1848-50. La concepción liberal-burguesa estaba agotada. Los gobiernos democráticos, siguiendo en su línea de indecisiones, debilidad y falta de soluciones para la sociedad europea, abandonaban por una u otra razón a aquella de las partes del conflicto español por la que se inclinaban las ideologías más progresistas y el movimiento obrero. El socialismo parlamentario no había conseguido ofrecer una vía a la sociedad europea; la revolución socialista y proletaria había sido reprimida en la, aunque destruida, moderna e industrializada Alemania; había triunfado en la feudal y atrasada Rusia, pero se estaba convirtiendo, se quisiera ver o no, en una dictadura totalitaria. Sin embargo el sucesor del liberalismo no estaba agotado: todavía no se había puesto en práctica toda la extensión de sus contenidos doctrinales. Todavía había salidas ideológicas para los progresistas europeos. En los ideales que se defendían en el bando republicano vieron no sólo la defensa de los logros conseguidos hasta entonces y la defensa contra la amenaza del fascismo totalitario, sino también una nueva oportunidad de ver realizados sus propios ideales de una nueva sociedad. Acudieron en su ayuda: no sólo en las calles de Europa, sino también en los campos de batalla de España.

La guerra española, el conflicto social español, era simultáneamente la lucha por un nuevo orden. ¿También la oportunidad de salir de la crisis? No. Para salir de la crisis debe haber un dominante cultural. Las tendencias, los métodos, los conocimientos de lo que he llamado Cultura de la Ciencia habían conmovido o destruido los fundamentos de las cosmovisiones de la Cultura de la Creencia. Ahora bien, distaban leguas de ofrecer los sustitutos incontestables para todas y cada una de las partes integrantes de una cosmovisión del hombre y, por ende, de su sociedad. Ello posibilitaba a los totalitarismos aprovechar el espíritu de comunidad, pero con el objetivo de atentar contra la dignidad del individuo y de destruir a otros pueblos o utilizar el progreso

tecnológico de la ciencia para imponer su poder; ello les liberaba de justificar su actos con verdades científicamente probadas y en su lugar les permitía la utilización de la maleable metodología fiducial. Ello posibilitaba a las democracias predicar la igualdad, potenciar el estado social y el espíritu de comunidad y simultáneamente dar libertad a intereses individuales, de grupo o de clase, que conducían repetitivamente a crisis económicas y sociales, y les permitía asimismo persistir en tipos de gobiernos y coaliciones de partidos que desembocaban a cual más rápido en el fracaso. Ello posibilitaba comprender que las soluciones a los problemas estaban en el orden de la cooperación internacional y luego permitía aplicar remedios del nivel del tribalismo nacional.

El equilibrio de fuerzas entre las dos Culturas durante la veintena de años que separa las dos guerras mundiales depara a los europeos, individualmente y como sociedad, un momento de impasse cultural. El resultado fue una aguda crisis general y un fuerte estado de hipersensibilidad. La urgente necesidad de escapar del callejón sin salida propiciaba el escoramiento hacia soluciones simplistas y radicales. La Guerra Civil es producto y manifestación de la crisis europea, pero la Guerra Civil no contribuyó a salir de ella ni a evitar la bestial y denigrante salvajada humana de la II Guerra Mundial.

## Notas

- 1 El análisis extenso de la Cultura de la Ciencia y de la Cultura de la Creencia fue expuesto en la tesis doctoral del autor «Crisis, didáctica y distopía», Salamanca, 1983. Aquella exposición ha sido desarrollada bajo el título 'Evolución, crisis y cultura' en manuscrito ya concluido y que espera ser publicado.
- 2 No empleamos los términos 'método empírico' o 'método fiducial' según definiciones ya existentes. Ciertamente al uno lo hemos llamado empírico por las connotaciones de la palabra, pero al otro no podíamos denominarlo teórico o analítico, por ejemplo, para oponer el conocimiento empírico al conocimiento no empírico. No buscamos la oposición entre empirismo y teoría o análisis. Buscamos una irreconciliabilidad extrema: *buscamos la oposición entre experimento y fe*. El método inductivo o el deductivo, aunque son opuestos, no son apropiados ni suficientes para expresar lo que nosotros deseamos. Tampoco lo son los otros métodos y denominaciones del campo de la deducción y de la reducción: axiomático, heurístico, falsacionista, etc.
- 3 Debemos aclarar que aunque tomamos como punto de partida el método de investigación, lo hacemos convencionalmente. En realidad, tratar de saber cuál de ellos sustenta al otro significa volver de nuevo al problema de los orígenes: cuáles son las características esenciales de la naturaleza humana.
- 4 »Déclaration des droits de l'homme et du citoyen«, en: Jacques Godechot (ed.): *Les Constitutions de la France depuis 1789*. Paris 1979, p. 33. La Constitución de 1791 (pp. 35 y ss.) iba encabezada por la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano.
- 5 Citado por Jean-Baptiste Duroselle: *Europa: de 1815 a nuestros días; vida política y relaciones internacionales*. Barcelona 1978, p. 4.
- 6 Aquí debemos recordar que fue la Alemania de Bismarck, no entramos en las motivaciones del Canciller, la que marcó el paso en lo referente a los seguros sociales. Los demás países europeos siguieron las medidas sobre seguros adoptadas en Alemania.
- 7 Los porcentajes anteriores los hemos tomado de Werner Conze (ed.): *Der Nationalsozialismus I: 1919-1934*, 6. Aufl., Quellen- und Arbeitshefte zur Geschichte und Politik. Stuttgart 1976, p. 61.
- 8 Sobre el liberalismo se puede consultar la obra de Trevor Wilson: *The Downfall of the Liberal Party*. London 1968. El el apéndice I, pp. 422-425, se pueden encontrar los datos electorales aquí utilizados.
- 9 Manuel Tuñón de Lara: *La II República*, vol. I. Madrid 1976, p. 5.



- 10 Pablo Iglesias como diputado por Madrid. El mismo año 1910 los laboristas británicos tenían 43 diputados. En 1914 había 76 diputados socialistas en Francia. Este año el SPD alemán, recordemos, tuvo 110 (cf. nota 9). Sus dos primeros diputados habían sido elegidos en 1871.
- 11 Miguel Martínez Cuadrado: *La burguesía conservadora (1874-1931)*, Historia de España Alfragura VI. Madrid 1973, p. 351.
- 12 La Escuela Nueva de Núñez de Arenas, con la entusiasta colaboración de Jaime Vera, quiso ser un puente entre los intelectuales y el socialismo obrero. Es nuestra opinión que su corta vida, las acusaciones de fabianismo, el hecho de que sólo la fracción menor de sus socios fuera socialista nos están hablando de que en la praxis no encontró anclaje firme en ninguna de las dos orillas que pretendía unir. Sobre la Escuela Nueva ver Manuel Tuñón de Lara: *Medio siglo de cultura española (1885- 1936)*, 3ª ed. Madrid 1977, pp. 163-182.
- 13 Datos tomados de Mercedes Samaniego Boneu: *La política educativa de la Segunda República*. Madrid 1977, p. 221.
- 14 Ramón Tamames: *La República. La Era de Franco*, Historia de España Alfragura VII. Madrid 1975, p. 71.
- 15 *Ibid.*, p. 80.
- 16 *Ibid.*, p. 86.
- 17 *Ibid.*, p. 87.
- 18 *Ibid.*, p. 66.
- 19 *Ibid.*, véase tabla de p. 118.
- 20 Al obrero le quedaba la salida de financiarse su propio seguro y quizá de recibir algún subsidio del Estado. Pero esto no le llevaba lejos: en 1934, por ejemplo, sólo había un 1,3 % de obreros asegurados contra el paro (Ramón Tamames: *La República ...*, op. cit., p. 142).
- 21 *Ibid.*, véase recuadro de p. 121.
- 22 Javier Tusell: »Las fuerzas políticas nacionales«, de la serie »La Guerra de España 1936-1939«, en: *El País Semanal*, 470, 1986, p. 99.
- 23 *Ibid.*, p. 100.
- 24 *Ibid.*, p. 102.
- 25 Ya hemos apuntado que Cabanellas era masón. El mismo Mola en su programa político de 19 de julio afirmaba: »Somos católicos pero respetamos las creencias religiosas de quienes no lo son. Creemos que la Iglesia debe estar separada del Estado para beneficio de ambas instituciones« (Fernando García de Cortázar: »La Iglesia y la Guerra«, de la serie »La Guerra de España 1936- 1939«, en: *El País Semanal*, 480, 1986, p. 260). Este mismo autor deja anotado a continuación de la cita anterior la falta de espíritu religioso o de simpatía por la Iglesia de José Antonio Primo de Rivera y la tibieza religiosa del mismo Franco, quien, además, en su *Manifiesto de las Palmas* del mismo 18 de julio invocaba »la trilogía liberal (aunque invirtiendo el orden), fraternidad, libertad e igualdad« (ibidem). De los diez miembros de la Junta sólo cuatro eran católicos activos.
- 26 La alianza del primero con el Vaticano se había plasmado en los Pactos de Letrán en 1929. Hitler llegó al poder aupado por von Papen y su partido católico *Zentrum*, que no actuaba sino después de recibir el plácet del futuro Pío XII; dos meses después, la Conferencia Episcopal de Fulda de 28 de marzo le obsequiaba con la bendición de su régimen y la sumisión oficial de los católicos; y sin haber pasado seis meses, el 'Führer' tenía asombrado en sus manos un concordato con el Vaticano en el que la Iglesia obligaba a los obispos a prestar juramento de fidelidad al régimen hitleriano y renunciaba a su partido y a sus asociaciones sindicales (De las actas de la sesión del Gobierno del Reich de 14 de julio de 1933, en Walther Hofer (ed.): *Der Nationalsozialismus. Dokumente 1933-1945*. Frankfurt am Main 1973, pp. 130-131).
- 27 Ramón Tamames: *La República ...*, op. cit., p. 237.
- 28 Angel Viñas: »Intervención y no intervención extranjeras«, de la serie »La Guerra de España 1936-1939«, en: *El País Semanal*, 472, 1986, p. 141.